



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 27 – 10 de julio de 2015

Propósito último de José Antonio: un orden nuevo sobre la primacía de lo espiritual

Manuel Parra Celaya

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía). Ponencia presentada en la Escuela de Verano de Plataforma 2003 y Fundación José Antonio 2015, en junio 2015.

1. Introducción con mirada a la actualidad reciente

Hace escasas semanas, en una colaboración periodística, resucité la expresión joseantoniana del *bolchevismo de los privilegiados*, en referencia a la tozuda actitud de la derecha española encarnada en el PP, que ha pretendido ganar unas elecciones con una campaña basada, casi exclusivamente en datos macroeconómicos y en justificaciones constitucionalistas para hacer frente a las pretensiones del nacionalismo separatista y a la marea de la nueva izquierda de *Podemos*. Evidentemente y a pesar del triunfalismo, las ha perdido política y cualitativamente, aunque siga en cabeza en cuanto a la suma total de votos.

Y ha sido así porque, tanto separatistas como neomarxistas han esgrimido una especie de mística que ha suscitado unas ilusiones colectivas, gravemente erradas y peligrosas, pero que, como se ha comprobado, han despertado la atracción y se han manifestado en el voto de masas hasta ahora impensables.

Además, para descalificar a los llamados *partidos emergentes* (Ciudadanos y *Podemos*), la táctica electoral preferente del PP y del PSOE ha sido asimilarlos al falangismo; todos tenemos en nuestro recuerdo reciente el vídeo-montaje de Pablo Iglesias proponiendo a sus seguidores *cantemos nuestra canción...* para que sonara inmediatamente el Cara al Sol; o el *Photoshop* de la cara de Albert Rivera transmutado en José Antonio, con la cinco flechas detrás; o los artículos de la prensa diestra y siniestra comparando los programas de ambos grupos con el joseantoniano del año 36...

Parece que, de forma intuitiva y sin aplicarlo a su propaganda, tanto populares como socialistas han advertido que el falangismo de José Antonio es algo más que economía y propuestas radicales, mientras que muchos falangistas siguen apegados a la letra -y no al espíritu- de las propuestas coyunturales que lanzó José Antonio en los años 30 del siglo pasado.

2. La primacía de lo espiritual

Por el contrario, «no entenderá nada de lo que significa lo joseantoniano quien no asuma, como su propósito y finalidad última, la necesidad de implantar todo un Orden Nuevo sobre la primacía absoluta de lo espiritual» (Jaime Suárez).

A la hora de plantear un falangismo para el siglo XXI, hay que tener diáfananamente claros los tiempos históricos y las circunstancias de los mismos. El tiempo de José Antonio no es el nuestro. El marco coyuntural en el que él se mueve, piensa y elabora un ideario (que quedó truncado, recordemos) apenas se parece al nuestro, ni en relación a lo estrictamente español ni con respecto a Europa y al mundo, aunque persistan los efectos de una causas más remotas.

Mas, recobrando el hilo de lo expuesto en esa ponencia anterior, hay en el discurso de José Antonio suficientes elementos trascendentales y sugerentes sobre los que elaborar un proyecto actual; estos elementos se encuentran, sobre todo, en sus arraigadas creencias, intemporales por definición y en gran parte de sus ideas y valores. Para la tarea del hoy, habrá que tener muy clara esa esencialidad, que parte de la primacía de lo espiritual, con el fin de instalar sobre ella todo un proyecto para nuestro tiempo.

Vamos a analizar, por tanto, cuáles son las ideas-fuerza y cuáles las consecuencias ideológicas que de ellas se derivan en el momento histórico de la Falange fundacional.

En primer lugar, observemos que José Antonio, que ha leído *El Capital* de Marx, está de acuerdo con gran parte de la crítica formulada por este al sistema capitalista y con sus vaticinios; al igual que José Antonio, Mussolini también aceptó el vaticinio marxista, y no solo el *Duce* sino una gran mayoría de políticos y pensadores de muchas naciones europeas de su momento: agonía final del capitalismo, concepto de plus-valía, rechazo de las relaciones bilaterales de trabajo... Se aceptaba comúnmente que el liberalismo económico y el capitalismo conducían de forma irremediable al comunismo, que José Antonio interpretaba como *nueva invasión de los bárbaros*.

De esta *invasión* –decía– hay que salvar los gérmenes positivos, los que puedan llevarnos a un orden más justo; para ello, hay que tender un *punte* entre la orilla de lo viejo y de lo por venir. ¿Con qué finalidad? Para salvar los valores espirituales, los heredados de una tradición, los que representan algo verdadero y no periclitán: esto es lo rescatable de las ruinas de un sistema que desaparece inexorablemente.

En este aspecto, José Antonio se opone a las tesis de Marx: no acepta la interpretación materialista de la vida y de la historia ni el dogma de la lucha de clases. Por el contrario, parte de una profunda concepción espiritual del hombre, de la vida y de la historia, que entiende que es la genuinamente española, la que constituye los cimientos del *ser de España*.

Coincide, así, con la tesis ramirista de que su oposición al comunismo lo es en calidad de *rivalidad revolucionaria*; propone una revolución, *otra* revolución, que, ante el inminente final del sistema capitalista, aúne los valores espirituales y tradicionales, salvados de la quema del sistema, a los materiales y necesarios para una sociedad más justa.

Cuando, en el juicio de Alicante, un miembro del jurado le pregunta por qué, si es sindicalista y revolucionario, no se adhirió al sindicalismo confederal ya existente, José Antonio, que acababa de desglosar todo su programa económico y social, le responde: «Precisamente en la nota de lo nacional. Tenemos un cierto valor histórico ahí, que es lo nacional, que habrá que conservar. Por eso somos nacionalsindicalistas y no sindicalistas solamente».

Los «*valores esenciales del espíritu*» constituyen, pues, el fundamento de la Falange, que, «*más que un partido político es un movimiento espiritual que viene a continuar la historia de España*». Fijémonos en estas últimas palabras, que justifican mi afirmación de que el proyecto falangista no es más que la *actualización para el siglo XX de la cosmovisión española del hombre y del mundo*».

En la conferencia de Barcelona, el 3 de marzo de 1935, José Antonio escandalizó al parecer a una parte del público asistente, que había asistido a escuchar *al hijo de don Miguel Primo de Rivera*; allí desarrolló gran parte de sus ideas, repitió su convicción acerca de la quiebra del sistema capitalista y rechazó asimismo la alternativa del marxismo porque «no estaba caracterizado por la rápida implantación de una justicia social, sino por la extirpación de *todos los valores espirituales*»; la solución que propuso – ante la estupefacción de las señoras de derechas asistentes– fue «desmontar el sistema capitalista y sustituirlo por otro», que era «*el orden sindical*», ya que «*nuestro sindicalismo es un sindicalismo espiritual*».

Días después, en una entrevista concedida a *La Vanguardia* de Barcelona (6 de julio de 1935), confirma que «compartimos la crítica marxista al capitalismo», pero «sacamos consecuencias distintas»; hay que «desmontarlo a tiempo para crear un nuevo orden sindicalista de tipo nacional, sin ir a la dictadura del proletariado», ya que «los españoles reaccionan siempre por estímulos espirituales, no por necesidades

materiales».

Estas ideas son constantes en el pensamiento joseantoniano, y una lectura exhaustiva de todas las citas sobre ellos, podría resultar ahora reiterativa; recordemos únicamente las palabras en su discurso en Oviedo, el 22 de marzo de 1935: «La revolución nacional la haremos nosotros, solo nosotros, camaradas de las camisas azules, y la haremos por un móvil espiritual, que es por lo único que se muere».

3. El Orden Nuevo

El propósito de la revolución propuesta por José Antonio es edificar un *orden nuevo*, frente al viejo, representado por el capitalismo y su rival, propuesto por el comunismo. Estamos, de nuevo, ante un planteamiento dialéctico –como el inicial del discurso del teatro de la Comedia–, en el que la tesis y la antítesis serían superadas por la síntesis nacionalsindicalista, en la que quedarían a salvo y como fundamento los valores espirituales.

Este orden nuevo no consiste solo en cambiar unas estructuras por otras más eficaces: «no es solo una tarea económica; esto es una alta tarea *moral*», con el fin de «devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio» (Cinema Europa. 2 de febrero de 1936).

(Volvamos a nuestros días... ¿realmente tiene el falangismo una *revolución pendiente*?; en todo caso, la tendría España, como solía decir Diego Márquez Horrilló. Entendido rectamente el término *revolución* (transformación esencialmente jurídica, sustentada en una serie de valores irrenunciables), me permito opinar que sí, que España y Europa tienen pendiente un reto que permita avanzar hacia otros planteamientos, que se sustentan, no solo en estructuras novedosas, sino en los valores espirituales que han sido la razón de ser de ambas en su existencia histórica. Y, como en los años 30 del pasado siglo, esta transformación modernizadora solo puede acometerse desde «maneras –profundas, completas, responsables– de entender el mundo»; simplificando, diría que estas maneras solo las pueden tener los herederos de aquel marxismo y nosotros. Otra vez la alternativa).

Y, relacionando el ayer y el hoy, ¿pueden los partidos del sistema frenar estas perspectivas de cambio profundo que estamos empezando a ver no solo en Europa sino en todo el mundo accidental e incluso en el americano?

Aquí serían de aplicación las constantes arremetidas de José Antonio hacia los *privilegiados* de aquel sistema y que podemos parafrasear, sin mucha complicación, a los de nuestros días. Es su cabal distinción entre el *señor* y el *señorito*, que se centra en un valor casi olvidado: el de la nobleza auténtica, la que suscribía la idea de que *podemos renunciar a nuestros privilegios pero nunca haremos cesión de nuestras obligaciones*; es decir, el *nobleza obliga* (que me tradujeron en mis épocas juveniles por el *vale quien sirve*, ¿verdad maestro y jefe Luis Buceta?).

Cuando releo en José Antonio que «las clases acomodadas son las que tendrán que soportar los mayores sacrificios, pero tienen necesariamente que pensar que la jerarquía no es un privilegio, sino una responsabilidad y una misión», mi mente no retrocede al momento en que fueron pronunciadas (27 de enero de 1934), sino que mira, entre estupefacta y escéptica, al mundo de hoy; porque los privilegiados de hoy –financieros, políticos, demagogos...– se basan en las mismas ideas materialistas que sus teóricos oponentes antisistema; también, acaso, sería de aplicación a la España de hoy aquello de que «la bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre» (23 de mayo de 1936).

Como en los tiempos en que vivió José Antonio, no nos pueden asustar a nosotros las propuestas económicas –acaso ineficaces y disparatadas desde el punto de vista técnico y práctico– de *Podemos*; nos enfrentamos a estos grupos, por el contrario, porque en su presunto *orden nuevo* hacen tabla rasa de los valores espirituales, que son en los que se fundamenta el orden nuevo contenido en los planteamientos joseantonianos.

4. Además de un sindicalismo espiritual, un Imperio espiritual

Todo el discurso de José Antonio, como hemos dicho, está sustentado en lo espiritual, en plena

coincidencia con sus creencias religiosas y en la interpretación española de la vida. Si adjetiva a su propuesta sindicalista con el adjetivo de *espiritual*, no es extraño que haga lo propio con otros conceptos, como el de *Imperio*.

A la palabra *imperio* le sucede como a otras, propias del léxico político de su momento histórico (como, por ejemplo, a la polivalente voz de *totalitario*): en nuestros días, más que mantener un sentido polivalente y ambiguo, han quedado totalmente desentematizadas, es decir, desprovistas total o parcialmente del significado que tenían en su época o del que les quiso dar concretamente José Antonio. Este hecho ocasiona que aparecen confusas, incluso para los mismos falangistas y suscitan en cualquier otro ambiente un rechazo generalizado. Sin embargo, al estar presentes en el léxico joseantoniano, no deben ocultarse y sí intentar su aclaración para propios y ajenos.

Para ello, hay que profundizar en el sentido que les otorga el Fundador y diferenciarlo de otros; aparte, claro está, de proceder a su sustitución, mediante los oportunos sinónimos, o su eliminación, sin más, en nuestra necesaria tarea de adecuación, desarrollo y elaboración de un mensaje para el siglo XXI, cuando sea el caso.

Empecemos por uno de los últimos textos joseantonianos en que se menciona la palabra *imperio*; me refiero a su respuesta, en el juicio de Alicante, al fiscal Gil Tirado; José Antonio se remite aquí a la conferencia que pronunció Rafael Sánchez Mazas –que es calificado como «el primer intelectual de la formación»–, en marzo de 1935, en un curso de formación; dijo así Sánchez Mazas: «El imperio es ante todo una doctrina moral [...]. Hay una gran confusión de ideas en lo que se relaciona con el Imperio. Imperio no es únicamente sinónimo de grandes acorazados, territorios, islas, etc.; el Imperio es ante todo una actividad del alma, colectiva. Antes que extensión, es calidad. El Imperio no se reduce a la nación o al Estado. Puede haber imperio en la familia, en la Falange, por el sistema de mando [...].

Pero estas palabras aclaratorias iban precedidas de otras de clara resonancia dorsiana: «La nación tiene como un pecado original. Hay en la Biblia dos pecados capitales: uno individual, el del árbol; otro colectivo, el de la torre. El pecado de la torre es el de la confusión [...]; de él sale la nación. Nace, pues, de un pecado; lleva en sí un pecado. El del árbol se cura con el sacramento del bautismo; el de la nación, con el bautismo de la universalidad».

Creo que ni el tribunal de Alicante –ni nuestros coetáneos– estaban preparados para entender a d'Ors ni a Sánchez Mazas, por lo que es conveniente leer las precisiones del propio José Antonio al respecto. En el primero de los Puntos Iniciales (7 de diciembre de 1933), ya se alude, como finalidad de España, a su «participación, con voz preeminente, en las empresas espirituales del mundo»; en el punto octavo, se dice: «Por un sentido de catolicidad y de universalidad, ganó España al mar y a la barbarie territorios desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación».

El 16 de febrero de 1934, al extenderse sobre *la patria como misión*, afirma: «Si situamos la idea de patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundos. La patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya que conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista [...]. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo».

Días después, el 25 de febrero del mismo año, especifica: «Tenemos que esperar una España que otra vez impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría de las empresas universales del espíritu».

En unas declaraciones, publicadas en catalán, en *La Rambla* de Barcelona (13 de agosto de 1934) propone que «España para Europa y para el mundo sea una jerarquía espiritual [...]. El sentido español de la vida está llamado a triunfar en el mundo», y añade, juntamente a la anterior, otra misión de carácter interno: «la realización de la justicia social».

En sus conclusiones definitivas ante el tribunal popular, nos deja escrito: «Se aspira a potenciar el valor nacional de España, no con el criterio de idolatría de la entidades naturales que informan a los partidos nacionalistas, sino con el criterio que aspira a perpetuar en España la representación histórica de un

sentido universal de la vida, que es lo que se expresó más tarde con la palabra imperio, vocablo doctrinalmente alusivo a toda aspiración política de alcance y validez universal».

También había dicho categóricamente (17 de marzo de 1935) que toda conquista territorial «sería un expolio y un robo. Pero que el terreno del espíritu no está acotado y ahí sí que cabe llevar la conquista al máximo [...]».

El falangismo de postguerra, sumergido en un ambiente europeo propicio a otra concepción del imperio, no fue capaz, en general, de mantenerse en la línea marcada por José Antonio; pensemos que existían los imperios territoriales francés, inglés, italiano y alemán, y, como en tantas otras cosas, no cabe esperar ingenuamente que se pudiera sustraer de su circunstancia histórica. No es extraño que, hasta 1945, se continuara reclamando una forma de imperio territorial, igual que el de otras naciones europeas, llevando la inicial idea joseantoniana a ámbitos que no se correspondían con los textos fundacionales.

Volvamos a aterrizar sobre el inestable suelo de nuestros días... Si la expresión *imperio* aparece como totalmente impropia de un proyecto político, anacrónica y contraproducente, no ocurre así con el sinónimo más adecuado de *universalidad*, y, menos, con su inexcusable adjetivo de *espiritual*. ¿Existen hoy en día imperios? Por supuesto: pensemos en los Estados Unidos de América, China e, incluso, el Estado Islámico; y son imperios no tanto por su poderío militar o económico –que lo tienen sobre sus áreas de influencia indudablemente– sino porque sus creencias, sus ideas, sus valores, sus usos, han ido conquistando e ilusionando, consciente o inconscientemente, a millones de personas.

La España que queremos debe mantener su sello fundacional de universalidad y recuperar el sentido espiritual de su interpretación de la vida. Nuestra proyección universal se centra, hoy, en dos ámbitos: la colaboración en la unidad de Europa (*amamos a Europa porque no nos gusta*) y la relación de hermanamiento con las naciones que integran esa Hispanidad difusa y convulsa.

El recobro de nuestra interpretación española de la vida implica, por sí, su proyección universal. De nuevo, la *escala de orden* de Sánchez Mazas y José Antonio: de nosotros mismos a nuestros ámbitos naturales de convivencia; de ellos, a España; de España a Europa, a Hispanoamérica, al mundo; bajo especie de universalidad y, por supuesto, de eternidad.

¿Utopía? No olvidemos que las utopías son como los horizontes: cada uno nos aproximada –si no hemos errado el camino– al siguiente, a los que van apareciendo sucesivamente como más lejanos...

5. La interiorización de lo espiritual y del *Orden Nuevo*

Ayer proponía unos objetivos de trabajo en común, una misión: la de *rescatar* a José Antonio de su tiempo y *proyectarlo* al nuestro. Decía que es una tarea difícil, ardua; ahora añado que no puede tener un resultado inmediato, rápido, eficaz para nuestros días; hemos hablado de un *orden nuevo*, de un recobro de lo espiritual; hoy hemos hablado, incluso de una *universalidad* en apertura a otros pueblos del mundo; como dice irónicamente Jaime Suárez, *¿Imperio? ¡Si no tenemos ni nación!...*

Pero, como dice también Enrique de Aguinaga, *acaso lo veréis vosotros*, refiriéndose a otras generaciones próximas...

Hay algo, sin embargo, que sí es posible acometer de inmediato, y que se constituye como base indispensable: recobrar la conciencia de que es preciso *interiorizar*, hacer propios, en nosotros, en nuestros hijos, en vuestros nietos, en todos aquellos sobre quienes podamos ejercer cierta labor de magisterio, el planteamiento esencial joseantoniano; es decir, *reasumir el modo de ser* –sustentado en creencias y valores– incluso por encima del modo de pensar ante lo contingente –sustentado sobre las ideas que debemos elaborar–.

Este modo de ser, que se manifiesta en un *estilo* de vida, se basa, como sabemos en el *servicio*, y este en una actitud, casi heroica, ascética, espiritual, que se recoge –sin asomo de anacronismo– en la cita joseantoniana de 6 de noviembre de 1934: «No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar (o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni

milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso), y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España».

¡Pues no he dicho nada! ¿Restaurar España a base de un sentido religioso y militar de la vida? Cuando contemplamos la situación actual de esta *España física*, puede parecer que se ha sostenido una broma, una *boutade*, una *misión imposible*; y, sin embargo, es el único camino, por encima de las contingencias.

El *Orden Nuevo* sustentado en lo espiritual que propone José Antonio abarca todas las facetas de la vida individual y colectiva: lo político, lo social, lo económico, lo cultural, lo moral... Y todo ello en el hombre, para el hombre y desde el hombre.

Yo no estoy muy de acuerdo con esa expresión de buscar un *hombre nuevo*; como dice el profesor Dalmacio Negro Pavón (*El mito del hombre nuevo*. Ediciones Encuentro 2009), el ser humano es siempre el mismo, con su carga de impulsos altruistas y egoístas, tal como lo hizo Dios. El *hombre nuevo* solo existe en la imaginación portentosa de Nietzsche, en la eugenesia del III Reich o en las versiones actuales de la Ideología de Género, influidas al alimón por el neodarwinismo y la lucha de clases marxista.

El hombre español –todo hombre– siempre es el mismo, marcado por el pecado original, según los cristianos, o por la impronta del bien y del mal, según los judíos. Lo que ocurre es que ese hombre puede ser *educado* en sus facultades específicamente humanas y dentro de ellas, en el reconocimiento de los valores, para conseguir que estos ocupen un lugar preferente en su conducta como *homo viator*.

Se me ocurre que uno de estos valores, muy relacionado con nuestro modo de ser, es el del esfuerzo; otro, el de la responsabilidad; otro, no desaparecido aún del todo, el de la solidaridad. Ninguno de los tres figura, por supuesto, en el frontispicio axiológico de la cultura postmodernista, pero, como no existe un determinismo histórico, son susceptibles de re-conocimiento por un sector de la juventud; de ahí, al valor del servicio, y del necesario sacrificio para servir, solo hay un paso. Si, por otra parte, se consiguiera que el valor de lo español dejara de ser identificado con las prédicas de la derecha *privilegiada*, se nos abre un *camino educativo* hacia esa transformación del español, del europeo, hacia otros derroteros, susceptibles de alumbrar un *orden nuevo*.

Pero, como os decía, hay que comenzar por uno mismo: despejarnos de la modorra, del escepticismo, de la pereza, de la rutina en algunos casos, en que se ha convertido nuestro falangismo. En todo caso, se trata –¿verdad, maestro Aguinaga?– en empezar por convertir a José Antonio en paradigma de cada uno de nosotros, y, a partir de ahí, de otros españoles, quizás de esos chavales que ostentan –sin saber muy bien por qué– banderas españolas en sus cuadernos escolares o de esos jóvenes que –también sin saber muy bien por qué– se sienten atraídos por la figura histórica de José Antonio Primo de Rivera.

En todo caso, nuestra tarea –difícil, ardua y prolongada en el tiempo–, se sustenta también en lo espiritual.